

VIDA Y HECHOS

Sobre todo, el paisaje

Apuntes sueltos que quieren servir de réplica al título, solo al título, del anticipo que Juan Fernández Figueroa nos dá de su ensayo «Extremadura viva», en el número 1 de ALCANTARA.

Antes que el hombre fué creado el Paraíso. Verdad es que el hombre era creado para recreo y gozo de lo que Dios puso delante de sus ojos; para su tacto, para su gusto, para su oído; aves, bestias, frutos y tierra. Pero también es verdad que de aquella tierra, hizo Dios a Adán. Así Adán era parte del paisaje, pertenecía al paisaje.

Cuando Adán fué arrojado del Paraíso, se encontró huérfano, descentrado, otro. Antes contemplativo; ahora, trabajador. Antes sobre la tierra; ahora, en la tierra. Antes sin luchas, con palabras para cada cosa; ahora, con silencio de luchas y sudor. Antes sin sentirse desnudo; ahora, sintiendo la vergüenza de su carne. Desnudo de su paisaje, desterrado de su músculo y huido de su sangre.

Aquel paisaje hablaba; éste escuchaba. Aquél gritaba, murmuraba, cantaba; éste, oía. Aquél nació para que le viesen; éste, para mirar. Los dos, con olores y gustos únicos y dispares. Y Adán fué distinto.

Sobre todo, el paisaje.

¿Porqué pasaba Adán de ver la Naturaleza como medio de pura impresión sensible a otro utilitario? (1), No. Era por aquello de que... «un pedazo de naturaleza en nuestro poder, que lo explota, o, al menos, sujeta, pero a la vez, nos revela una red de dependencias en las que nos reconocemos enredados». (2)

El principio de amor a la Patria está, sin duda, en el paisaje. Muchos no conocen la Historia y aman a su Patria, porque aman a su tierra, fecunda o seca, con piedras o con hierbas, con olivos o con álamos. La aman, porque la tienen metida dentro del alma.

Sobre todo, el paisaje.

Vemos hombres que emigran y vuelven, exclusivamente, a comprar paisajes.

Dice Pedro Caba en el capítulo «Paisaje y paisanaje», de su libro: «Para las almas vegetales, la patria está configurada por la curva total de su paisaje; el confin de su alma coincide con aquella geografía viva, que es así, a la vez, su piel y su intelecto, su sensibilidad y su frontera».

«El varón, que es un ser centrífugo y emigrante, toma el rincón geográfico donde nació o donde vive, como trampolín para un brinco elástico sobre la cuerda de los horizontes».

Un brinco elástico, claro está, para volver por la piel del paisaje cuando hace frío y la sangre se puede helar.

Sobre todo, el paisaje.

El mundo interior del escritor, del poeta, del pintor, del escultor, del novelista, del músico, ha venido de fuera, es propio del medio en que vive y le impresiona, o del medio en que vivió sin impresionarle, que el paisaje es el mejor ladrón del corazón humano; a veces, ni nos damos cuenta. Así vemos en Antonio Machado, poeta de Castilla, con sus granos de sal de su primitiva Andalucía.

A Palacio Valdés, con su eterna Asturias a cuesta. Y al vasco Unamuno, en Salamanca, etc., etc. Y lo mismo recorriendo músicos, pintores. «Yo conocí que era extremeño José María Valverde, por lo familiar que me era su poesía», me decía E. Frutos.

Conoció al hermano de la tierra, por la tierra de sus versos.

Sobre todo, el paisaje.

«La forma, los colores, el movimiento, ejercen una notable influencia sobre el alma». (4)

Van los israelitas, hacia la tierra prometida, con Moisés. Pero Moisés no llega a ella; Moisés muere antes. Pero antes de morir, Dios le enseña desde el monte Nebo dónde está el paisaje que a Moisés en la sangre le bulle como una herencia de sus mayores. «Esta es la tierra —le dijo el Señor— que prometí dar a Abraham, Isaac y Jacob; la has visto con tus propios ojos». Y así, cara a la tierra de promisión, Moisés se entregó a Dios por completo.

Ante todo, el paisaje.

Pizarro, Hernán Cortés, Valdivia... Fueron a conquistar tierras para España, a hacer el paisaje español más extenso, más grandioso, más lejano. Llamaron a las cosas con los nombres que tenían en el alma clavados o adheridos para siempre: Mérida, Guadalupe... Que cada nombre tiene su paisaje. Llevaban la Patria dentro, en la cuenca de los ojos y en la piel de sol, aire y encina.

Ante todo, el paisaje.

Ciudades vistas desde la tierra plena. Alamos, río, curvas. Montes, fuen-

te, piedras. Pinos y robles. Cascadas, helechos, canciones. Azada, llano, hierbas. Flores y hojas.

«Campos, campos, campos».

.....
Cielos abiertos por manos de pintores y ojos de santos. Cielos abiertos por la música de David. Y por este ruiseñor que canta más allá, donde comienza el dolor.

Cielos y campos.

.....
A Jesucristo se le unió el paisaje en sus parábolas, en sus sermones, en sus milagros. El sermón de la montaña. La parábola a la orilla del lago o el milagro de apaciguar la tempestad del Genezaret...

Y siempre por el paisaje, de camino en camino. Cara al paisaje.

Dios en el paisaje. Sobre todo el paisaje y sobre el paisaje, Dios.

.....
Y este otro paisaje tan propio de cada uno. El paisaje interior, tan amplio, tan secreto, tan íntimo...

.....
Y este cuerpo que de la tierra vino, a la tierra volverá. Fué paisaje y paisaje será. Y solo el alma...

JESUS DELGADO VALHONDO



(1 y 2) De «Geopsique», por Willy Hellpach.
(3 y 4) De «Estética del Paisaje Natural», por Sánchez Muniaín.

RECORDATORIO

EL CASINO

Una novela, que habla de Cáceres, llegó a mis manos con la ilusión de una carta de la familia. Mas ¡ay de mí! que la que motiva estos comentarios más bien que hablarnos de la familia *nos la mienta*. Es de un autor andaluz cuyo nombre no he de citar, por no hacer propaganda gratis a quien menosprecia las cosas de nuestro Cáceres, sin duda por desconocerlas.

He aquí una frase suya que apostillaré hoy: «... el poco *atractivo* Círculo de la Ciudad». La ciudad es Cáceres y la ocasión se refiere al año 1932; luego el Círculo poco atractivo es el de la Concordia de la *Casa de Roco*.

¿Qué cualidades atrayentes puede tener un Casino?: el confort de sus instalaciones; la simpatía y educación de sus contertulios; la suculencia de su restaurante; la sabiduría y amenidad de su biblioteca; la variedad y buen tono de sus recreos; las atenciones de la servidumbre... Ese conjunto amplio de cosas que permite a cada socio encontrar en el Círculo un rincón de su propio hogar por raro que sea su carácter.

El edificio de aquel Círculo es histórico, suntuoso, confortable, amplio e íntimo. Yo no podía entrar en aquel magnífico palacio sin evocar la figura de Francinco de Godoy, sacudiéndose el barro americano, mientras se desatornillaba el traje de acero, dando órdenes a los discípulos de Herrera:

— ¡Nada de matacanes, que ya no hay temor de muslines! ¡Nada de torreones almenados, que ya somos hermanos todos los cacereños desde que terció en nuestras reyertas la Reina Isabel!...

Godoy salió rumbo al Perú en las naves de Marte; *dió la cara* al lado de Pizarro y regresó a mediados del siglo XVI en las naves de Mercurio. ¿Conquistador? ¿Indiano? Titubeo entre «el último Conquistador» o «el primer Indiano»: Indiano a lo Conquistador. Nuestros Abuelos supieron ser grandes, con grandeza de alma y patria. Cuando las conquistas indianas degeneraron en piraterías o estraperlos de especias, Cáceres se retiró a sus palacios a labrar los jeroglíficos de sus hazañas en escudos, cincelados sobre la piedra dorada de sus berrocales, y cedió las naves a los pueblos costeros de indianos de vía estrecha, que regresaban a sus aldeas a lucir el *vellocino de oro* logrado en mercados de negreros o en contrabando de quina... cuando había terminado el cacao.

Y así levantó Godoy el bello palacio que fué después *Casa de Roco* y, más tarde, casa solariega del Círculo de la Concordia. Magnífico, desde su portada de medio punto, con clásicas dovelas de granito, hasta el escudo del incomparable y singular balcón de esquina —que es toda una lección de Historia de España encerrada en un curso de Estereotomía— pasando por aquel patio central renacentista, de garbosas columnas toscanas, que era como un oasis en el desierto canicular de la población.

Allí llegaban las tardes agosteñas, el Conde del brazo del Catedrático, el propietario al lado del Oficial del Catastro, y el aristócata, el médico y el